


Luis Enrique Délano

## SUEÑO

 Venía llegando de aquel gran viaje por el mundo, un viaje oscuro, tejido en caminos de tinieblas, realizado en trenes de sueño y en barcos de pesadilla. Nunca podré decir cómo volví al lugar de mi adolescencia ni cual fué la causa de mi regreso. Pero un día, sin pasar por la ciudad de mis años primeros, sin ver la fachada azul de la casa, me encontré—¡oh prodigio!—en la habitación subterránea que ocupaba en el pasado.

Venía acompañado de Lovna, la mujer encontrada en no sé qué rincón del ancho mundo, aquella que durante tanto tiempo me dominó con la aguda fuerza de su mirada. Nunca he vuelto a encontrar unos ojos provistos de la misma atracción, ni siquiera de su color verde esmeralda, que parecía artificial, nacido de las combinaciones extravagantes de algún químico loco. Ya por aquellos años bastaba que Lovna me mirara

para que yo bajara los ojos, confundido, molesto, estallando muchas veces en inmotivados sollozos. Dioses, sólo después que la he perdido vengo a comprender que sin el misterio de su mirada nada soy, como nada fui en el mundo antes de conocerla. Mi adolescencia, mis sueños artistas, mis versos, ¿dónde están?; ¿qué huella han dejado en mi vida?

No sé de qué manera llegué, cogido mi brazo por la fina mano de Lovna, al cuarto aquel. Había que descender una escalera. Una claraboya encendía todos sus rincones. Bajamos y reconocí mi pieza. Una sonrisa debe haber entreabierto mis labios en ese instante en que, después de mil cosas extrañas, volvía a encontrarme ante la sencilla ingenuidad de mi cuarto. ¿Qué habría pasado ahí? ¿Qué sería de mi familia dispersa? Quizá esa casa aun perteneciera a mi hermana, puesto que duraba intacta la paz de mi habitación. Al lado del catre de madera, vi la mesa donde acostumbraba a escribir mis versos. Me aproximé sintiendo que algo me apretaba el corazón. Sobre ella unos papeles en los cuales reconocí mi letra de antaño: «Alfred de Musset, Lamartine, Le Romantisme...» Apuntes de entonces, cuando yo cursaba el último año de mis estudios. Otros: «Mi querida Laura: bien sabes que en nuestro amor siempre ha habido algo oculto...» Una carta. No recordé a quien había sido escrita. Además el tintero, la pluma, dos o tres libros. Todo eso era mío, lo reconocía.

Lovna me oprimía el brazo cada vez que la emoción del regreso me detenía un momento ante un objeto o cuando mis ojos se humedecían. A un lado de mi cama había algunas pinturas clavadas en la pared. Una marina, un desnudo. Miré el rincón de mis ropas y ví mi sombrero de otros años, negro, de anchas alas flotantes. Entonces me pasé la mano por las sienes ya grises. Lovna quiso que nos fuéramos.

—¿Y eso? ¿Qué es eso...?—me preguntó.

Eso, ¿qué era? Yo casi no lo sabía. Por lo menos no

me era posible decirlo explicarlo con claras palabras. Se trataba de un retrato, un pequeño retrato en que aparecía yo, de muchacho. A mi lado estaba una niña morena, de diez y seis años. Ella se apoyaba en mi hombro y tenía los ojos negros y vivos.

—¿Quién es?—insistió Lovna.

En la verde agua de su mirada vi flotar esos pecesillos de oro que aparecían según la cólera se afirmara en su corazón.

—¿Quién es? Dímelo.

Entonces tuve yo una visión de claridad entre tanta confusa tiniebla. Desde aquel retrato surgió el pasado, claro, definido, y vi mis años de liceo, los que pasé en ese cuarto, llenos, ocupados totalmente por ese rostro moreno apoyado en mi hombro. Era Laura a quien yo había dejado una carta inconclusa, antes de partir. Lovna oprimió mi brazo entre sus dedos enguantados, casi hasta hacerme gritar de dolor.

—¡Lloras! Debe ser muy intenso el recuerdo. ¡Vámonos!

Salimos de ahí lentamente, ocupada ella en mil preguntas absurdas, de celos, que yo no podía contestar. Le dije que era inútil pensar en reconstituir mi pasado. Sin embargo, mientras subíamos la escalera del cuarto subterráneo, había yo vuelto a vivir con la otra mujer muchos momentos de ese ayer perdido, que surgió desde los ojos de su retrato.